

Sermones no publicados (vol II, 37, pp272-278)

Predicado el 30 de enero de 1825 en St. Clements. (Newman era diácono; lo ordenarán sacerdote el 30 de mayo de ese año en la Catedral del Oxford)

LA BENDICIÓN DE LA AFLICCIÓN

A Isaac le di Jacob y Esaú. A Esaú le entregué en herencia la montaña de Seir, y Jacob y sus hijos bajaron a Egipto (Josué 24, 4)

Esta tarde me ocuparé en desarrollar el segundo aspecto que encontramos el domingo pasado en nuestro texto: la bendición que supone la aflicción. Nos extendimos sobre el gran peligro de poseer ventajas mundanas, e intentamos mostrar que el éxito, la distinción y la autoridad, como las poseía Esaú, no le hicieron más feliz que otros hombres, sino que le expusieron a innumerables tentaciones propias de esas ventajas. Hoy daré un paso más, y quiero probaros no sólo que una situación silenciosa y oscura es más deseable que una de eminencia y riqueza, sino más aún, que la misma aflicción puede ser una herencia más bendita y gloriosa, y que no sólo es malo lo que el mundo piensa que es bueno, sino que es bueno lo que piensa que es malo.

“Feliz el hombre a quien Tú educas, Señor”, dice el Salmo (94,12), y de acuerdo a esta afirmación encontramos que, mientras Esaú fue establecido en el monte Seir, Jacob, el humilde, el espiritual, el amado de Dios, fue un itinerante toda su vida, sin ningún abastecimiento o medios normales para sostenerse. Escuchad su propia declaración en presencia del Faraón: “Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los años de mi vida, y no llegaron a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación” (Gen 47, 9). Aún así, estos días malos fueron benditos, así como las duras correcciones que recibió de los servidores de gracia de Dios, purificándole de las corrupciones de la carne y elevando su mente al conocimiento y gozo espiritual de Dios.

Tened bien entendido, de todos modos, que en todo lo que diré sobre este tema estoy lejos de adjudicar a la aflicción algún poder propio de hacer humilde y santo el corazón, sino considerarla meramente como el medio, el instrumento, a través del cual Dios realiza Sus designios de gracia. Sabemos demasiado bien que muchos infortunios tienen efectos más bien perjudiciales que saludables: endurecen, exasperan y amargan el alma, la llenan de pensamientos orgullosos, oscuros y descontentos, y algunas veces conducen al desafortunado sufriente a la auto-destrucción. No existe ningún poder de bondad o maldad en los acontecimientos de la vida considerados independientemente de la gracia de Dios y de la maldad del corazón humano. Y el hombre convertirá todas las circunstancias, sean prósperas o adversas, en ocasiones y medios de pecado, a no ser que el Espíritu Santo les conceda actuar y santificarlas para el bien del alma.

Consideremos los beneficios espirituales de la aflicción en el caso de Jacob.

Parece haber sido el medio original de convertirlo a una vida religiosa. Siendo tan breve el relato de su vida que hace la Escritura, no podemos hablar decididamente en una cuestión de esta naturaleza, pero, al menos, podemos decir que nada se refiere a él a favor *de su* piedad antes del tiempo de su aflicción, y que fue *contra esa* idea que actuó mentirosamente para conseguir la bendición de su padre. Pero cuando ese indigno negocio le obligó a desaparecer del rostro de Esaú y fue echado del mundo sin poder ni sostén del mismo, entonces podemos suponer que comenzó a reflexionar profundamente sobre la maldad de su conducta y la pecaminosidad de su corazón. Y encontramos que

en su viaje se le apareció Dios en un sueño para consolarlo, “tuvo un sueño: he aquí una escalera que se apoyaba en la tierra, y cuya cima tocaba en el cielo; y ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Sobre ella estaba el Señor” (Gen 28, 12-13). El relato agrega que cuando Jacob despertó de su sueño “exclamó: ‘Verdaderamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía’. Y lleno de temor añadió: ‘¡Cuán venerable es este lugar!, no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo!’” (Gen 28, 16-17). Aquí le vemos, entonces, afectado por uno de los sentimientos de piedad fundamentales y primario: el sentido de la presencia y omnisciencia universal de Dios. Quizás había pensado que estaba sin ayuda ni casa, acostado para descansar en desoladora y triste soledad, pero para su sorpresa y alegría se encontró con que Dios estaba allí, y clamó, con emociones de temor y profunda reverencia: “¡Cuán venerable es este lugar!”.

¿Cómo no voy a pedir a tantos cristianos que caminan ahora por las sendas de la santidad, considerar que alguna aflicción temporaria fue el instrumento de Dios para fomentar el don divino que estaba en ellos, y llevarlos a ratificar las promesas por las cuales fueron hechos miembros del Reino de Cristo? Al principio, quizás pensaron que era la más penosa de las enfermedades y hubieran dado más de lo pudieran decir para librarse de ella. Lucharon en la red de la aflicción, poniendo todos los recursos para verse libres de una miseria tan intolerable. ¿O fue alguna desgracia que pasó y no debe ser recordada? ¿Qué infructuosas e irracionales fueron las quejas que profirieron! ¿Qué dolorosa fue la herida y cuán aparentemente incurable! Sin embargo, el Señor estaba allí, y en ese momento no se dieron cuenta. El golpe fue penoso, “quitando –quizás- las delicias de sus ojos” (Ez 24, 16)., pero aún así, era el medio de apartar sus pensamientos de las cosas del mundo para fijarlos en Dios. Les llevó a detenerse y reflexionar, a considerar sus caminos, a buscar sus corazones, y así, por la acción poderosa del Espíritu Santo, se volvieron finalmente al Señor con perfecta voluntad, y se acercaron a Cristo con humildad, arrepentimiento y fe viva, y caminan ahora en el amor de Dios habiendo sido “probados en el horno de la aflicción” (Is 48, 10). ¡Con qué temor reverencial a Dios les colmó semejante designio! ¡Con qué sentimientos de amor y gratitud mirarán hacia atrás el momento en el que el Señor se les reveló! ¡Qué terrible pero gozoso fue ese momento! Era la puerta del cielo, la apertura de nuevas esperanzas y perspectivas para sus almas, que ciertamente *tenían* antes pero no lo *sabían*, que *poseían* pero no *gozaban*, de las cuales sólo escuchaban hablar, sin verlas ni sentir las.

Digo que este no es un caso poco común; aún en los breves relatos de la Escritura descubrimos ejemplos que confirman nuestra parecer. Pensad en el orgulloso Nabucodonosor, que levantó una imagen de oro, persiguió a los santos de Dios y se ufanaba en la edificación de la gran Babilonia. Le encontramos afligido por una extraña y horrible enfermedad que le redujo al nivel de las bestias del campo, y así estuvo por siete años (Dn 4, 28-30). Escuchemos sus propias palabras respecto a su recuperación: “Al cabo de los días, yo, Nabucodonosor, levanté mis ojos hacia el cielo, y recobré mi juicio. Entonces *bendije* al Altísimo, y *alabé y glorifiqué* al que vive eternamente, cuya dominación es dominación eterna y cuyo reino perdura de generación en generación” (Dan 4, 31). Esto es maravilloso. Un monarca idólatra y arrogante es conducido por la gracia a besar la vara que le había castigado y someterse como humilde discípulo del verdadero Dios. Mirad también la historia de Manasés, el hijo apóstata de un padre tan piadoso. Abandonado a la idolatría, levantó una estatua en la casa de Dios, e hizo que Judá y Jerusalén obraran peor que los paganos que el Señor había destruido. Dice el sagrado relato que “entonces el Señor hizo venir sobre ellos los jefes del ejército del rey de Asiria, que apresaron a Manasés con ganchos, le ataron con cadenas de bronce y le llevaron a Babilonia” (2 Cro 33, 11). Qué intolerable calamidad le habrá parecido al principio, pero el relato sigue: “Y cuando *estaba en la aflicción* imploró al Señor su

Dios, humillándose profundamente en presencia del Dios de sus padres. Oró al Señor, y Éste le fue propicio, oyó su oración y le concedió el retorno a Jerusalén, a su reino. *Entonces Manasés conoció que el Señor es Dios*” (2 Cro 33, 12-13). Más aún, de tal grado fue el caso de David, que nos dice: “Antes que me humillaras anduve descarriado, mas ahora me atengo a Tu palabra” (Sal 119, 67). Y tal fue también el caso de Job, que había servido a Dios antes de su calamidad, pero que al menos fue el medio de abrir sus ojos más eficazmente al poder y la excelencia de su Creador: “Sólo de oídas te conocía; mas ahora te ven mis ojos. Por eso me retracto y me arrepiento, envuelto en polvo y ceniza” (Job 42, 5-6).

Contemplemos finalmente la bendición de toda aflicción al purificarnos e iluminarnos, pues no solamente es eficaz en despertarnos a la religión sino que actúa como espuela que nos excita continuamente y nos previene de recaer en el descuido o el sueño espiritual.

Se deben señalar dos clases de aflicciones, una repentina y violenta, pero que pasa pronto, y otra no tan aguda y arrolladora, pero tediosa, uniforme y sin disminución. De la primera clase es la pérdida de los amigos, proyectos o propiedad. De la segunda, la enfermedad, la pobreza, la malicia de los enemigos, la mala conducta e impiedad de familiares y amigos cercanos. Ambas clases son muy molestas, y ambas son a menudo santificadas para nuestro bien espiritual, pero la violenta parecería enviada generalmente (aunque no siempre) como un juicio amoroso por las ofensas cometidas (Ez 24), mientras que la aflicción lenta y duradera es impuesta más comúnmente como un tipo de *respuesta* (debería decir) a las oraciones para crecer en gracia y como una señal especial del favor de Dios. La aflicción violenta es para despertar, alarmar, aterrorizar. La otra es para purificar gradualmente, apartar de lo terreno, fortalecer la fe, fijar el alma en la contemplación de las cosas eternas, humillar, excitar la gratitud y el amor, y moldear la voluntad en conformidad con la voluntad de Dios. La aflicción violenta está más calculada (bajo la bendición divina) para volver al errante al camino de la religión. La aflicción lenta y duradera lo está para incitarlo en su camino cristiano.

Por ello es que suponemos que Jacob sintió su verdadera situación a la vista de Dios al ser obligado de repente a dejar su hogar y sus amigos y volar hacia otro país. Y aunque tuvo una aflicción ciertamente violenta y arrolladora con la pérdida de José y otros episodios familiares, el carácter de estas angustias que hicieron tan ‘mala’ su vida, fue, sin embargo, el de una calamidad lenta y larga. Como ya dijimos, fue un *errante* toda su vida. Después de vivir veinte años en Harán volvió a Canaán, y al final de su vida bajó a Egipto. Otra fuente constante de inquietud fue la conducta de su familia. Habiendo roto deliberadamente la ley original del matrimonio (aunque esto era la costumbre de aquellos tiempos) al casarse con más de una esposa, se le amargó la vida por discordias familiares, enormidades y miserias, que se deben a esta causa. Pero todas estas cosas, sin duda, fueron útiles para prepararlo para un mejor país y se unieron para el bien. A la luz de esto las consideraremos como causa de una mentalidad espiritual, de humildad, de gratitud, de espíritu de oración, de fe y sumisión.

1. Mentalidad espiritual. Suponiendo que Jacob hubiera permanecido en Canaan con su padre Isaac, probablemente hubiera puesto su corazón en la bella tierra donde su padre vivió y hubiera preferido al favor espiritual de su Dios una posesión terrena, algún monte Seir. Hubiese tomado esposa, como Esaú, y de acuerdo a la aprehensión de su madre, entre las mujeres paganas eteas, y hubiera sido un dolor de cabeza para Isaac y para Rebeca (Gen 26, 34-35). Pero habiendo sido echado del mundo, sus pensamientos se fueron apartando de las esperanzas temporales, y por gracia de Dios caminó como quien busca una bendición futura y eterna. Así vio de lejos las promesas (Heb 11, 13. 21), se persuadió de ellas, y las aceptó, confesando que era un extranjero y un peregrino

sobre la tierra. Por lo tanto, pensando poco en la herencia terrenal, deseó una patria mejor, que es la celestial, porque Dios no se avergonzaba de ser llamado su Dios.

2. La humildad es otro efecto bendito de la aflicción. Mientras una persona tiene éxito en sus propósitos y es bendecida en sus relaciones, comienza a pensar que le corresponde tener éxito. Pero la adversidad le enseña una lección diferente. Su espíritu es introducido en la obediencia de Cristo (2 Cor 10,4-5), siente algo de su dependencia, y siendo iluminado desde lo alto para ver sus carencias y enfermedades, aprende a estimar a otros más que a sí mismo (Fil 2, 3), y en vez de manifestar impaciencia bajo el golpe divino, reconoce que es mucho menos de lo que merecen sus pecados. Atended al comienzo de la oración de Jacob para librarse de su hermano Esaú: “Oh Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, Señor, que me dijiste: Vuelve a tu tierra y al país de tu nacimiento, que Yo te haré bien, ¡qué poco merecía yo todas las mercedes y toda la fidelidad de que has hecho objeto a tu siervo! Pues con sólo mi cayado pasé este Jordán, y ahora he venido a formar dos campamentos” (Gen 32, 9-10)

3. Muy relacionado a este sentimiento de humildad está el de gratitud, como se ve en la oración anterior. Pues cuanto menos pensamos en nosotros mismos, más sorprendidos y estupefactos estaremos ante los ejemplos de la bondad de Dios para con nosotros. Estamos constituidos de tal modo que pensamos poco acerca de lo que es usual, y cuando la Providencia permite que sea interrumpida nuestra salud o el éxito, en vez de estar agradecidos nos olvidamos de El. Por eso el dolor es necesario para que podamos comprender algo de la bendición de la salud, y la pérdida de los consuelos terrenales para que podamos conocer su valor.

4. La aflicción promueve no poco el espíritu de oración y de continua comunión con Dios. Cuando fallan las esperanzas mundanas, ¿adónde acudiremos sino a Aquel “en quien no hay variación ni sombra de cambio” (Sant 1, 17). Así, David deja su caso en manos de Dios, Exequias sube a la casa del Señor y difunde la carta de Senaquerib ante el Señor (Is,37), y Jacob recurre a la misma ayuda contra el enojo de Esaú. Tan poderoso fue en la oración que luchó por una bendición y la consiguió (Gen 32, 22-29), recibiendo un nuevo nombre de su divino Maestro como señal de su éxito, porque como príncipe tuvo poder con Dios y con los hombres y había prevalecido.

5. Y de aquí brota uno de los efectos más excelentes de la aflicción: la dependencia y la fe confiada en Dios. Encontramos que El es fiel y que responde a nuestras súplicas y al final somos llevados a confiar implícitamente en El. De este modo, en la oración a la que nos referimos tantas veces, Jacob se confiesa indigno de toda la *verdad* que Dios le ha mostrado. El es ciertamente un Dios de la verdad. Promete bendecir y guardar todo lo que ellos mismos han dejado por El y preservarlos hasta el fin. Pero somos tardos en creer, y hasta que no somos muy disciplinados por Su mano bondadosa no comenzamos a sentirlo. Por eso, Dios nos quita a menudo, como en el caso de Jacob, nuestras propiedades y recursos, para que podamos aprender a pedirle “nuestro pan de cada día”. Al principio, quizás, tenemos miedo, pensando que estamos perdidos, y juzgando imposible poder superar los obstáculos que parecen cruzarse en nuestro camino. Pero ante nuestro asombro, se sale de una dificultad, otra se desvanece, una tercera se transforma en una bendición, nos admiramos, y parece que respiramos de nuevo. Y aunque hay más dificultades en perspectiva, asustan menos, y comenzamos a saber que podemos hacer todo las cosas por Cristo que nos fortalece (Filip 4, 13). Por eso, aunque estamos afligidos, estamos siempre alegres: “Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra paciencia; la paciencia, prueba; la prueba, esperanza; y la esperanza no engaña, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rom 5, 3-5). Razonamos desde el pasado hacia el futuro. “El Señor se acuerda de nosotros y nos

benedicirá; bendicirá a la casa de Israel, bendicirá a la casa de Aarón” (Sal 115, 12), y con David decimos: “ El Señor que me libró de las garras del león y de las garras del oso, El mismo me librará de la mano de ese filisteo” (1 Re 17, 37). Así, confiando en el Señor, seremos llevados de fortaleza en fortaleza (Sal 84) y al mirar hacia los años pasados confesaremos con el moribundo Jacob que el Señor es el Dios que nos ha alimentado toda nuestra vida hasta el día de hoy, y nos ha redimido de todo mal (Gen 48).

6. Por último, señalaré la resignación entre las gracias fomentadas por la aflicción. Existe, por cierto, una sumisión resentida, desesperada e irreligiosa, que la calamidad produce en algunas mentes, que surge de un espíritu decepcionado y no de la piedad alegre, y que se impone por necesidad, no por *madurez* en el amor. Pero hablamos aquí de una hábito interior muy diferente. Se trata de tener la voluntad al unísono con la voluntad de Dios. Naturalmente, como sabemos, la *voluntad* se opone y resiste los divinos designios, y el gran trabajo de una vida religiosa es dominar, convertir y cambiar nuestra terca voluntad. Aquí es donde la aflicción viene en ayuda de esta lucha. Nos enseña a estar seguros de que Dios conoce mucho mejor que nosotros lo que es realmente bueno para nosotros, a abandonarnos a El como a nuestro fiel Creador (1 Pe, 4, 19), a medir todas las cosas por la ley y los anuncios divinos, a discernir bien en cada acontecimiento, a no codiciar nada que El rechace, a alegrarnos en cada *situación* porque es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto a nosotros (1 Tes 5, 18), a decir de corazón que no se haga mi voluntad sino la Tuya, a desear la propagación de Su gloria sobre todas las cosas, y a sentirnos completamente perdidos como si estuviésemos absorbidos de amor y celo en Su servicio.

Entonces, no desmayéis, quienquiera que seáis, y que os sentís cargados de dolor por las continuas tribulaciones del mundo. Pensad en el glorioso resultado, en el bendito efecto de esta prueba. Cuando seáis probados reluciréis como el oro (Job). No es, por cierto, que debáis pensar ligeramente en ello, porque ha sido enviado para haceros reflexionar seriamente. Considerad que estáis en una situación que admite sólo dos alternativas: la pena puede haceros bien o dañaros, no hay término medio. Debéis salir de la aflicción o mejores o peores. Entonces no os lamentéis ni os deprimáis. Estáis llamados a alegraros, a regocijaros en la tribulación, a glorificar en la aflicción, a aceptarla cordialmente, como un amigo, severo, sí, pero amable. Porque “el Señor corrige a quien ama, y a todo el que recibe como hijo, le azota” (Heb 12, 6). Por eso, es un privilegio para el hombre bueno estar en la aflicción, es un honor, es un signo de amor y de favor. Tomadlo así. Mientras los hombres malos tienen a menudo su buena herencia en esta vida, que la vuestra sea, como la de Jacob, futura y eterna. Estáis reservados para una ciudad que tiene fundamentos, y cuyo arquitecto y constructor es Dios (Heb 11, 10).

Levantemos, pues, concordes nuestras voces y digamos: “Señor, nos damos cuenta que la única y gran cosa necesaria es ser limpiados y purificados para el cielo”. Si, pues, es necesario para la salud de nuestras almas, aflígenos, Oh Padre, sí, aflígenos según Tu fidelidad (Sal 119). No lo evites, si es bueno para nosotros. De buena gana nos guardaríamos de Tu vara, pero que se haga Tu voluntad, y antes que perezcamos se Tú misericordiosamente severo con nosotros, humíllanos, quiebra nuestros corazones orgullosos, pulveriza nuestros espíritus altivos, disuélvenos y remodeláanos, sí, para tener gusto espiritual en todo, ojos que vean y una mente que discierna. De modo que podamos finalmente alcanzar el monte de Dios, por la fuerza y los méritos de Tu Hijo, y estar de pie en Tu presencia engalanados con esa vestidura celestial, limpia y blanca, que significa la perfecta justicia de los santos (Ap 19, 8)